

experimentar a las otras personas sin objetivarlas— a la empatía o a la simpatía y a la experiencia de otros en cuanto que co-sujetos (como lo desarrolla en la última sección de su *Der Formalismus in der Ethik und die materiale Wertethik*). De ahí que Crosby parece dar un paso más allá de la filosofía scheleriana. «Hay una prueba que se puede dar para legitimar el tomar a las personas como objetos de determinados actos intencionales. Todo el mundo sabe que los demás pueden ver en mí lo que a mí se me escapa, por lo que pueden ayudarme (...). Pero si los demás sólo me pudieran entender como yo me entiendo, quedando excluida por principio toda afirmación crítica, todo juicio sobre mí, me estarían confinando dentro de mis límites naturales, no me serían de ayuda para superarlos y así superarme a mí mismo (...). Lo que yo veo en el otro al objetivarlo puede ser su propia verdad, y tratarse de hecho de una verdad que el otro ha de recibir de mí; por tanto, no tiene nada que ver con despersonalizar al otro» (pp. 197-198). De este modo, aunque la persona se puede convertir en objeto intencional, esto no significa que sea un mero objeto.

La última parte aborda la finitud humana, que se descubre en su interioridad finita. En esta interioridad —que está teñida de «cierta absolutez»—, nos hacemos cargo de que no podemos ser personas divinas. Si así fuera, la persona se reduciría a ser parte del todo. Hay ocho indicios en los que la condición de persona se manifiesta como finitud, que son: la pluralidad de las personas y la parcialidad de cada una de ellas, su relación con el tiempo, la suspensión entre la potencialidad y la actualidad, la unidad de persona y naturaleza en las personas humanas, la distancia entre el ser y la conciencia, la condición limita-

da de su libertad, la unidad que forman la pertenencia a sí y el recibirse a sí mismo, y por último, la autotranscendencia que hace despertar la interioridad. Son todos indicios de la finitud que dejan adivinar el misterio de su apertura a lo infinito en sus paradojas. Tales indicios no son constitutivos de la persona humana, «sólo ayudan a establecer una condición de persona limitada» (p. 344). A fin de cuentas, tal finitud señala exclusivamente la condición humana de la persona, no la condición de la persona como tal.

Alberto Sánchez León

HISTORIA

Eugenio ROMERO-POSE, *Anotaciones sobre Dios Uno y Único* («Studia Theologica Matritensia», 11), Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2007, 150 pp., 16 x 23, ISBN 84-96318-39-7.

Es de todos bien conocida y apreciada la figura del que fuera obispo auxiliar de Madrid D. Eugenio Romero-Pose, fallecido en 2007, sobre todo por la gran labor teológica que desarrolló al hilo del estudio de los Padres de la Iglesia, a los que siempre vio como verdaderos «maestros en la fe y como ejemplo de teología orante». En la presente obra póstuma se recogen una serie de estudios suyos anteriores en los que desarrolla una verdadera teología trinitaria a partir de textos de la primera patrística, fuentes de las que sabe extraer todo su contenido teológico y proyectarlo en la elaboración de una reflexión actual y poderosamente sugerente sobre lo esencial: el Dios vivo y verdadero, uno y único.

En una primera parte se agrupan dos estudios en los que, frente a la di-

cotomía gnóstica entre Dios Creador y Dios Padre, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, Romero-Pose recoge el testimonio patrístico en defensa de la vinculación esencial de Dios como Padre y Creador, algo que se pone de manifiesto en toda la historia de la salvación: la misma acción creadora de Dios es el punto de arranque de toda la economía salvífica. Partiendo del estudio de algunos Padres Apostólicos, se detiene de manera especial, a modo de compendio representativo, en lo transmitido por uno de los grandes autores de la teología patrística prenicena: Ireneo de Lyon. De esta forma se van desgranando temas nucleares de la revelación de la paternidad divina: Paternidad y filiación como corazón de la economía de la salvación; Dios que se da a conocer como Padre otorgándonos al Hijo; la providencia divina y la filiación de todos en y con el Hijo. «El Dios creador es el Dios Padre que salva. Es el Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, su Hijo, y de todos los humanos, hechos a imagen de la Imagen de Dios. De Dios Padre reciben todas las criaturas todo bien: el de sentirse criaturas, el de la bondad para con los hermanos, el de poder contemplar un mundo que refleja misericordia y benignidad» (p. 84). Creación, Humanidad nueva y fraternidad reflejada en la Iglesia, son aspectos subrayados por la primera literatura patrística al hablar de Dios como Padre y que Romero-Pose expone interrelacionándolos con maestría.

El tercer capítulo se dedica al estudio, apoyado en autores como Justino, Ireneo e Hipólito, de la relación del Hijo con el Espíritu Santo a través de la Unción de la carne de Jesús a la luz de los principales misterios de la vida de Cristo: Nacimiento, Bautismo en el Jordán, Tabor, Cruz, Resurrección, Ascensión y Pentecostés. Esa Unción es

clave para la teología del Espíritu Santo y la antropología cristiana, pues constituye el punto de partida para aproximarse a la acción del Espíritu Santo en la humanidad y la creación, conducidas de este modo a su plenitud. «Los términos Unción y Carne no son anacronismos trasnochados sino expresión tradicional de la respuesta al desafío más actual: la desencarnación de lo cristiano y la sustitución del Espíritu Santo por un espíritu postcristiano, es decir, sucesor de la historia de Jesús como mera historia ya pasada y lejana» (pp. 91-92).

El cuarto y último estudio se centra, de manera más explícita, en la pneumatología de la primera teología cristiana. Comenzando por un estudio de carácter histórico, que permite una aproximación al ámbito religioso-cultural en el que se desarrolló esa incipiente y pluriforme teología del Espíritu, Romero-Pose expone posteriormente con mayor detenimiento la pneumatología de Ireneo de Lyon: su teología de las «Manos de Dios»; el Espíritu profético; la Unción de la carne de Cristo en el Jordán para llevar a cabo su misión salvífica consumada en la Cruz. La carne de Cristo es así el referente privilegiado para la pneumatología; desde ella se revela la acción del Espíritu y desde ahí su ser personal. Una tradición con capacidad para revitalizar la cristología, la eclesiología y la exégesis.

En definitiva, estamos ante un magnífico libro, cargado de una gran profundidad teológica y clara expresión del amor por los Padres, rasgos que caracterizaron siempre la vida y obras de Romero-Pose. Una obra que pone de relieve la relación entre Trinidad ontológica y salvífica al modo de las primeras generaciones cristianas, con sus mismas expresiones, formas y estilos.

Juan Antonio Gil-Tamayo